

La bolsa de los refranes

CINCO horas de discursos — todos para justificar el «sí» al pacto — ha debido soportar el señor Letamendía hasta que ha tenido oportunidad de gozar el éxtasis democrático de expresar el único voto en contra. El señor Letamendía es diputado vasco, por la provincia de Guipúzcoa. Y además es algo así como un partido unipersonal. El señor Letamendía está en contra del «pacto de la Moncloa». El señor Letamendía ha salvado el tradicional individualismo insolidario de Celtiberia y le habrá amargado la noche al bueno de don Esteban Bilbao, que le estaría mirando, con dulce reprobación, desde el sueño de los justos, en espera de una nueva y democrática unanimidad. Cuando el honorable Josep Tarradellas, desde su despacho de la Casa de los Canónigos, se haya enterado del acontecimiento, tal vez haya dicho para sus adentros: «Lo que yo decía. Algunos de estos vasos son pactistas del terror.»

Antes de que el señor Letamendía se pusiera en pie como un voluntario único para esperar el diluvio sin meterse en el Arca, el señor presidente del Gobierno había hablado. Don Adolfo Suárez se trajo al hemiciclo un traje azul marino, aquel traje de los domingos, y su tono de sobria solemnidad, de trascendente sencillez. Ya saben ustedes que, cuando habla don Adolfo Suárez, siempre parece que va a terminar diciendo: «Y ahora, daos la paz.» Y seguramente esa sería la mejor síntesis de su discurso. Un discurso integrador, pacificador, encantador, prometededor, esperanzador. Ni una sola palabra afilada. Ni una sola alusión polémica. Ni una sola concesión a la retórica ni a la ironía. Un discurso correctamente vestido de azul marino.

Ayer tarde nadie citó a Plutarco, nadie citó a Robespierre, nadie citó a esos economistas de famosos informes. Creo que el único orador que se acogió a una cita fue el señor Reventós, don Joan, de los socialistas de Cataluña, que citó a su señor abuelo. El abuelo del señor Reventós fue ministro de Hacienda y en ocasión tal vez parecida a la presente pronunció, en el mismo hemiciclo donde hablaba ayer tarde su nieto, esta frase perentoria: «O los demócratas acabamos con la crisis, o la crisis acabará con la democracia.» Al comienzo de su disertación, la vez dura y ruda del señor Reventós nos había obsequiado con un diagnóstico estremeceador: «Esta es la crisis general del capitalismo.» Y más tarde nos dio el aviso de que, a veces, estas crisis están provocadas por el capitalismo para aprovecharlas en su propio beneficio. O sea, que uno, sólo aprendiz de política y ni siquiera monaguillo en economía, se quedó sin saber si era el capitalismo quien debía acabar con la crisis o era la crisis quien había acabado ya con el capitalismo.

Con todo, el señor Reventós logró entretener un poco a la afición, que andaba adormilada con el aperitivo de dos discursos profesionales. Don Enrique Fuentes Quintana había leído un discurso denso, sólido, doctoral. Y el señor Sánchez Ayuso, del P. S. P. y catedrático de la Universidad de Valencia, además de paisano mío, como ese Saavedra Fajardo a quien me dicen que en una sesión anterior le concedió la palabra el señor Alvarez de Miranda, había leído otro discurso profesoral con voz de opositor aplicado.

Así que cuando empecé a hablar don Santiago Carrillo las palabras claras y

llanas, esas coplas de Mingo Revulgo que se trae al Parlamento el jefe comunista, fueron recibidas como agua de mayo. Entre burlas y veras, el señor Carrillo, después de aceptar totalmente, «y no a medias» la responsabilidad del Pacto, vapuleó con su humor socarrón a sus dos adorables enemigos: el Gobierno y el P. S. O. E. Habló de los «retoques del Gobierno» que andan en rumores; pidió que los ministros se bajaran un poco el sueldo; aludió a los hombres de Harrelson y a la «huelga de inversores»; dijo que el pueblo había votado el 15 de junio no por el socialismo, sino por el cambio democrático, y metió la mano en la bolsa de los refranes, como hacía en televisión don Joaquín Calvo-Sotelo, para decirles a los socialistas que siempre estaban presumiendo de ser de izquierdas porque «dime de lo que presumes y te diré de lo que no tienes». Y la Cámara le aplaudió. La Cámara excepto, naturalmente, los socialistas. La U. C. D. sí. A la U. C. D. en el fondo le gusta que don Santiago Carrillo se meta con el Gobierno. No pescan en el mismo río.

Sonrió don Santiago y se fue al Club Siglo XXI a seguir con lo suyo. Desde su escaño, don Manuel Fraga salió también en la misma dirección. Pero los dos llegaron a tiempo de escuchar a don Felipe González, porque mientras hablaban allí sobre el eurocomunismo, don Laureano López Rodó pronunció el discurso más duro contra el Gobierno y más escéptico sobre el Pacto de todos cuantos se pronunciarían en la tarde. Mientras hablaba el ex comisario del Plan de Desarrollo, su anti-adversario de tenis, don Adolfo Suárez, sonreía en su escaño con un gesto benevolente que quería decir algo así como que no iba a subir a la red. Pérez Llorca, por U. C. D., intervino con brevedad y con precisión, porque los protagonistas del Centro en esta sesión eran otros. Y don Jordi Pujol pronunció un discurso lleno de sensatez, de sentido común y de ese humor indirecto y lejano que a veces usan los catalanes. El Partido Nacionalista Vasco, por boca del señor Sedupe, también se unía al Pacto por lo mismo que se unían todos: por poner el interés general por encima del interés de partido.

Y, por fin, don Felipe González subió a la tribuna y metió, también él, la mano en la bolsa de los refranes. Sacó el mismo que había sacado antes don Santiago. «Dime de lo que presumes y te diré de lo que no tienes.» Y por eso el Partido Comunista tenía que presumir constantemente de democrático. El pueblo español había votado por el «cambio democrático», efectivamente, y subrayaba con voz seria y grave lo de democrático, y por eso las urnas habían dado los resultados que dieron: a cada cual los votos que se merecía. Don Felipe González, en la solemnidad del Pacto, aplicó los primeros palmetazos de la democracia parlamentaria en los nudillos de don Santiago Carrillo. Y le aplaudió toda la Cámara. Toda la Cámara excepto, naturalmente, los comunistas.

Al terminar, el señor presidente del Congreso tomó sus papeles y se levantó. Se levantaron también sus señorías. Pero el señor presidente se volvió a sentar para levantar la sesión. Levantada que fue la señoría sesión pudimos levantarnos todos. — Jaime CAMPANY.